

Post-prefacio. 30 años después: mirada retrospectiva al itinerario de un investigador francés para la historia agraria de Perú

JEAN PIEL*

Universidad de París VII

¿ Cómo y por qué, hacia 1964, me interesé en la historia del neolatifundismo republicano de Perú a tal punto que decidí escogerlo como tema de investigación para mi tesis doctoral de Estado en la Sorbona?

Esta pregunta la respondí en el prefacio de ese trabajo, no por narcisismo, sino por simple escrúpulo y afán de historiador fiel al espíritu de Marc Bloch y, por lo tanto, deseoso de posicionar mis investigaciones en la historia de mi generación intelectual. Esto es lo que hallarán quienes releen ese trabajo.¹

Dicho prefacio suscitó un buen número de interpretaciones equivocadas, incluso del mismo presidente del jurado de tesis, así como largas enemistades en Perú y Francia: en Perú, donde no se habían diluido aún



* jeanredme@noos.fr

¹ Jean Piel, *Capitalisme agraire au Pérou*, 2 vols., París, Francia, Anthropos, 1975-1983.

las secuelas ideológicas de un nacionalismo de guerra fría y por las que algunos llegaron a sospechar que yo era algún agente del *imperialismo cultural francés*; en Francia, donde todavía no se podían decir tales cosas, ya que aún no se había patentado la *ego-historia* como instrumento de promoción en el mercado editorial y académico (incluso para la exportación). Esto me valió, la interrupción de mi carrera, entre 1974 y 1989.

Al leer el prefacio, después de más de 30 años, me percaté de que sigo defendiendo la misma orientación general. Al profundizar mis conocimientos con lecturas de Clausewitz y de otros, resumiría su espíritu haciendo una paráfrasis de dicho autor y diciendo que: “la investigación (histórica) es la prosecución de la política mediante otros medios”. Utilizaría esta frase contra los pusilánimes que intentan todavía, a comienzos del siglo XXI, validar la idea de una disciplina histórica totalmente desprendida del compromiso político, nociones que parecen proliferar en nuestros días, en los mismos medios en los que se reproducen muchos académicos *posmodernos*, y contra los marxistas primitivos de entonces (franceses y latinoamericanos), quienes pretendían disuadirme de mis esfuerzos de búsqueda con el pretexto de que preparar una tesis era comprometerse por anticipado con la “ideología universitaria burguesa” dominante.

Sin embargo, atendiendo a la invitación para pensar y meditar una vez más acerca de aquellos momentos (quizá para extraer algunas enseñanzas que sirvan a los investigadores jóvenes), he aquí algunas reflexiones, en el orden en que me han sido sugeridas por los coordinadores de este *Dossier*.

¿POR QUÉ ME INTERESÉ EN LA HISTORIA DE UN PAÍS QUE NO ERA EL MÍO, O QUE NO FORMABA PARTE DEL ANTIGUO IMPERIO COLONIAL FRANCÉS?

Montesquieu, Braudel, Tocqueville, Lavissee o Portal, ¿traicionaron a Francia por haber consagrado sus trabajos al estudio de los romanos de la Antigüedad, al mar Mediterráneo en la época de Felipe II, a la democracia en Estados Unidos o a Prusia y al Ural durante el siglo XVIII? ¿Traicionaría a su continente o a su país aquel historiador latinoamericano que se consagrara también al estudio de la historia de Estados Unidos o de Europa? ¿No es acaso una buena alternativa para intentar hacer historia comparada?

Planteada así, la respuesta esta incompleta. Después de la firma de los Acuerdos de Evian, que ponían fin a las interminables guerras de retaguardia donde Francia se había enfrascado, en Vietnam y Argelia —donde la fuerza motriz de resistencia al ejército francés del final de la Colonia parecía componerse de pue-

blos campesinos en armas más que de proletarios salidos de la industria—, era poco probable que los jóvenes de mi época no se cuestionaran acerca de América Latina a mediados del siglo XX, ya que, por lo menos dos revoluciones (la de México en 1910 y de Bolivia en 1952), habían logrado movilizar a masas armadas de campesinos, además, la Revolución cubana quería ser emulada por varios países en el resto del continente, en particular Perú, donde empezaban a establecerse guerrillas castristas.

Yo era un antiguo militante estudiantil anticolonialista, en Francia me sentía bastante desmovilizado y carente de actividad política; ya que el Plan Marshall, el *keynesianismo-fordismo* y la reinstitucionalización establecida y programada por el régimen del general Charles de Gaulle no permitía esperar, en lo inmediato, nada distinto a esa quietud autocomplaciente a la que induce la sociedad de consumo. ¿Cómo invertir la copiosa energía militante y activista que había descubierto aquella generación, cuando el contexto no ofrecía otras perspectivas además del conformismo o, peor aún, la inutilidad? ¿Por qué no tratar de ver lo que ocurría en otras realidades, justamente allí donde la historia daba la impresión de seguir generando movimientos? Además, existía la posibilidad de verificar, en casos concretos, la validez de los dogmas *de acero* que caracterizaban la Guerra Fría y que eran conservados y defendidos por la dirección del partido comunista francés, aun cuando los hubiesen sacudido seriamente las revelaciones de Nikita Krushev en 1956 acerca del estalinismo.

¿POR QUÉ LLEGUÉ A INTERESARME EN LATINOAMÉRICA Y, EN PARTICULAR, EN PERÚ?

En 1964, en los países cuya historia podía arrojar luz en las cuestiones planteadas (dentro de los comunistas: Unión Soviética, China y Vietnam; dentro de los *progresistas*, Argelia, cuya independencia era reciente) parecía que se habían cerrado las perspectivas para una investigación crítica. En cambio, en América Latina la apertura era mayor, a pesar de las restricciones típicas en la problematización histórica inherentes a las historias oficiales, de viejo cuño. Al mismo tiempo emergían corrientes de pensamiento crítico, que provenían principalmente de la antropología, aunque influidas por corrientes y universidades estadounidenses.

Por otra parte, a pesar de la abundancia de tópicos y prejuicios tradicionales revestidos de exotismo, en Francia había algunos elementos de enfoque más realista acerca de la situación del continente latinoamericano, debidos en gran parte a reportajes, libros, informes e incluso películas, no sólo de origen francés. El clásico *Viva Zapata*, el *Salair de la peur* (El salario del miedo), la exaltación que

se hacía en la prensa de ese continente que, según Tibor Mende, “comienza a entrar en la escena mundial” o el golpe de estado de la CIA contra el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, eran parte de las conversaciones en las comidas familiares de mi adolescencia en mi casa, alrededor de una mesa cubierta de hule que era signo distintivo de los hogares populares en esa época. La Revolución mexicana hacía suponer que la chispa no se había extinguido: era una revolución bastante mitificada por una lectura y unas estructuras de comprensión muy influidas por la referencia obligatoria a la Revolución francesa.

En 1963, pensé en orientar mis futuras investigaciones hacia el papel del campesinado durante la Revolución mexicana. Después de consultarlo con François Chevalier, me indicó que los archivos necesarios serían inaccesibles. Los trabajos de Jean Meyer y otros historiadores, así como las tesis doctorales (que desde hace algunos años he podido dirigir) acerca de asuntos afines, han demostrado que aquella recomendación no estaba, o que ya no está, totalmente fundada. Sin embargo, para consultar esos acervos se necesitaba, con aplomo y a veces incluso con cierta brusquedad, ir contra la censura de la historia oficial del Partido-Estado único en México.

En tales circunstancias me enteré, gracias a Jean Chesneaux (ilustre antecesor de nuestras propias luchas anticolonialistas y antifascistas en La Sorbona), que había una plaza abierta a candidaturas en el Instituto Francés de Estudios Andinos de Lima (IFEA). Decidí presentarme y concursar: me hice historiador agrarista en Perú y no en México. Decidí estudiar y tratar de comprender de qué manera la *cuestión agraria*, oficialmente reconocida por una comisión parlamentaria en 1956, había podido constituirse en Perú mucho antes de esa fecha. Escogí como director de tesis a Pierre Vilar, quien compartía mi opinión: no sólo había que estudiar la historia jurídica del latifundio peruano sino, sobre todo, la historia del latifundismo y su importancia en el conjunto de la sociedad peruana así como en la importación e implantación del capitalismo agrario contemporáneo, el cual, en el caso peruano, se abrió camino por medio de su forma latifundista.

¿QUÉ SABÍA DEL TEMA ANTES DE LLEGAR A PERÚ?

En verdad, muy poco. Aunque contaba con información relativa a las revoluciones que me fascinaban (la mexicana y la cubana), casi nada conocía, en 1963, del mundo andino, además de algunos recuerdos de ciertos relatos de viajeros del siglo XIX y algunos lugares comunes más recientes, reproducidos por los artículos de la prensa francesa, pero igualmente raros. Entonces, desde 1964 hasta 1965,

intenté compensar ese déficit mediante lecturas, o bien, gracias a contactos facilitados por mis actividades militantes anteriores y que había logrado conseguir con homólogos latinoamericanos en Francia. Sus informaciones y testimonios eran preciosos, pero se trataba, principalmente, de venezolanos o de colombianos acaparados por las dificultades de ser exiliados y por la tensa situación política en sus países. Por lo tanto, poco podían ilustrarme acerca de la situación de peruana.

Hubo, sin embargo, dos peruanos parisinos que iban a contribuir más y que ayudaron a orientarme: Hugo Neira (actual director de la Biblioteca Nacional Peruana), a quien François Chevalier tenía bajo su protección y que acababa de sobresalir en Perú con la publicación del reportaje *Cuzco, tierra y muerte*; y Mario Vargas Llosa, a quien conocí por Jorge Semprún y quien me formuló por ese entonces un diagnóstico muy criollo y bastante izquierdista de la situación: “Lima, nuestra capital del Perú, se halla simple y llanamente bajo la amenaza de un huayco andino, demográfico y cultural, lo que representaría la desaparición del Perú criollo”.

El resto de información la recogía en los seminarios de investigación que proponía el Instituto de Altos Estudios de América Latina de París (IHEAL), a pesar de que ninguno de sus directores, si se deja de lado al geógrafo Olivier Dollfus, era verdaderamente especialista en el mundo andino o peruano. Sin embargo, debo reconocer que aprendí mucho en los seminarios dirigidos por Pierre Monbeig, Pierre Chaunu, Roger Bastide o Frédéric Mauro y, en particular, acerca de la problemática del latifundio mexicano, en el seminario que impartía François Chevalier.

¿CUÁL ERA, EN 1964, MI FORMACIÓN COMO HISTORIADOR?

Tenía una buena formación de *agrégé*² de historia, obtenida en la Sorbona y en la Escuela Normal Superior (ENS) de la ciudad de Saint-Cloud (centro de formación menos prestigiado que la clásica *Ecole Normale Supérieure** de la calle Ulm, pero que había logrado obtener, justamente en 1964, un número idéntico de *agrégés*



² Formación obligatoria en Francia, sancionada por un examen de conocimientos y pedagogía, si se desea ejercer como profesor en la enseñanza pública.

recibidos). Una formación muy *clásica*, precisamente,³ permitía formar y *fabricar* historiadores adaptados (tal vez demasiado) a lo que era entonces la enseñanza de la historia en Francia, dicha preparación era, en definitiva, poco idónea para formar candidatos a investigadores orientados hacia la historia de los mundos *exóticos*.

Una historia que, dividida en cuatro etapas (historia antigua, historia medieval, historia moderna e historia contemporánea), se revelaba como eurocentrista; más allá de sus excursiones por la geografía (en una asociación vigente desde 1880), seguía siendo deliberadamente autárquica e ignorante —excepto por aquellos docentes creativos y, por lo mismo, sospechosos en el concepto de las autoridades educativas y académicas— de los aportes de las ciencias sociales como la economía, la sociología y la antropología. Esa era, en todo caso, la situación que prevalecía en la Sorbona, con nuestros viejos maestros universitarios.

En cambio, en la ENS de Saint-Cloud, y en particular durante mi último año de formación, tuve excelentes profesores, que ya estaban familiarizados con lo que se denominaba, tal vez demasiado pronto, la Escuela de los Annales. Eran maestros pertenecientes a una generación que se había afirmado después de la victoria de la liberación, al derrotar al ocupante nazi; una generación renovadora y abierta a las nuevas problemáticas sin perder por ello su cualidad magistral y profesoral. De esa época, conservo el recuerdo de varios maestros que dejaron una huella indeleble en mi formación. Pierre Levêque, en historia de Grecia Antigua; Pierre Goubert y Albert Soboul, en demografía histórica, historia del siglo XVII y la Revolución francesa, respectivamente; Pierre Vilar, en historia moderna del mundo hispánico; Jean Dresch, director y profesor del Instituto de Geografía de la Sorbona; y, finalmente (aunque no en último lugar), nuestro *caimán*⁴ Daniel Roche, quien ahora es una autoridad gracias a sus trabajos acerca de la historia sociocultural del siglo XVIII en Francia. Fue él quien en 1964 condujo, por lo esencial, la organización del coloquio de Saint-Cloud, en el que tuvo lugar la célebre polémica entre Ernest Labrousse y Roland Mousnier en torno a la caracterización de la sociedad francesa en vísperas de la revolución: ¿se trataba aún de una sociedad de órdenes



3 De naturaleza positivista, la formación dispensada por dichas escuelas superiores ya era puesta, entonces, en tela de juicio, antes del movimiento de mayo de 1968. En su momento, también Marc Bloch se pronunció muy desfavorablemente contra este tipo de escuelas.

4 Lector, repetidor o pasante.

y estamentos, tal como lo afirmaba Mousnier, o era ya una sociedad de clases, tal como lo preconizaba Labrousse? Una problemática de fondo que se planteaba mucho antes de los trabajos de François-Xavier Guerra respecto de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX. Fue también durante ese coloquio, al que yo asistí, cuando reapareció un debate que me inspiraba con frecuencia a propósito de las revueltas indias y campesinas en Perú. Quiero referirme a la oposición que desde 1956 se había generado entre Roland Mousnier y Victor-L. Tapie, por un lado, y el historiador soviético Boris Porschnev, por el otro, respecto a la interpretación de los movimientos populares—particularmente campesinos— en el Antiguo Régimen: ¿multitudes *en furor* o movimientos revolucionarios y/o nacionales?

Mi formación de base, afortunadamente, no se detenía allí. Como ocurría frecuentemente en aquella época, nuestra deontología militante nos imponía un deber de formación teórica autodidacta, más o menos colectiva o individual, pero totalmente ajena a la Sorbona; una especie de formación independiente, que desconfiaba tácitamente de lo que podían brindar las instituciones vigentes. Acerca de las etapas de la transición desde las sociedades rurales precapitalistas hacia las formas modernas del capitalismo empresarial contemporáneo —precisamente el caso de Perú en el periodo que me proponía estudiar—, ya había leído lo suficiente de Carlos Marx, Federico Engels, Vladimir Lenin y Rosa Luxemburgo y, claro está, a sus adversarios: Adam Smith, David Ricardo, Dühring, Marshall y Keynes. Puesto que ya era heterodoxo, no pude resistir la tentación de leer también a Karl Kautsky, para la cuestión de la renta de la tierra. No obstante, debido a la censura ejercida, tanto en París como en Moscú, por los defensores de la *vulgata* marxista oficial, ignoraba que también existían las contribuciones de dos autores rusos de quienes se ha hablado mucho cuando se enfoca la historia agraria latinoamericana, particularmente mexicana: Chayanov y Bujarín, en especial cuando éste último se opuso a Stalin, en el momento de la colectivización forzosa de las tierras agrícolas, durante la década de 1930.

Sin embargo, aunque contaba con una formación clásica y un marco teórico (siempre incompletos) aún no tenía conocimiento del tema que me proponía estudiar. Para preparar mi acercamiento al terreno de forma concreta, era necesario conocer los procedimientos y las problemáticas propias de los investigadores que antes de mí se habían ocupado de los problemas agrarios en América Latina, con o sin bases teóricas sólidas, pero con una innegable capacidad de observación y una verdadera habilidad para formalizar el conocimiento adquirido. En ese sentido, hubo cuatro autores cuya ayuda me fue preciosa: François Chevalier y su

trabajo acerca de la formación de los grandes dominios y latifundios en México; Pierre Monbeig y su obra sobre los pioneros y plantadores de São Paulo; Thomas R. Ford y su libro *Man and Land in Peru*; y, por supuesto (aunque no se trataba directamente de América Latina), Pierre Vilar con su irremplazable *Cataluña* para el siglo XVIII.

¿CÓMO ESTABLECÍ CONTACTO CON PERÚ?

Recién llegado a Lima (también era un *recién bajado*), y tal como uno podía fácilmente imaginar, mis primeros pasos fueron muy inciertos y vacilantes. Después de haberme instalado (con mi mujer e hijos, para lo cual la familia de la compañera de Hugo Neira nos ayudó mucho) se me plantearon directamente las preguntas: ¿dónde buscar y encontrar la documentación?, ¿qué campo de estudio escoger?, ¿dónde hallar a los interlocutores idóneos? Mi dominio de la lengua castellana era aún rudimentario (aunque la había aprendido en la escuela secundaria durante dos años, la fluidez para expresarme tardaba en llegar). Obviamente, en un primer momento, ni Marc Bloch ni los *Annales* podían ayudarme demasiado a establecer los contactos y relaciones necesarios. Es cierto, por otro lado, que una revista como *Annales* no se había interesado, hasta entonces, de forma concreta en temas tan *exóticos* como el mundo andino.

Llegué con una problemática bastante clara: cómo y por qué el capitalismo agrario en Perú había tenido que progresar bajo la forma de neolatifundismo republicano. Sin embargo, no contaba con el famoso proyecto de investigación redactado en 20 o 30 páginas, el cual por cierto, nadie me pidió antes de salir de Francia. El nuevo director del IFEA parecía contento de contribuir a la reactivación de dicho organismo (fundado en 1947 pero cuyo funcionamiento atravesaba por una fase de letargo), gracias a la llegada a Lima de un investigador de planta (*pensionnaire*), *agregé* por añadidura, lo que seguramente constituía para él un argumento de incorporación más que suficiente.

Entre tanto, buscaba orientarme en la capital del país, antes de aventurarme a salir de Lima. Mis primeros contactos útiles fueron con los investigadores del Instituto de Estudios Peruanos (IEP), dirigido por José Matos Mar (el geógrafo Olivier Dollfus me había recomendado con insistencia que me acercara a él). El director del IEP me aconsejó la lectura de algunas obras, inéditas o publicadas, elaboradas por los mejores investigadores de sus equipos interdisciplinarios, los cuales, bajo la influencia de la antropología social estadounidense, trabajaban desde hacía varios años en la zona de los valles de Chancay, Lurín y Huarochirí (en todo caso, en las cercanías de Lima). Fueron ellos quienes me guiaron hacia el

conocido etnólogo y escritor José María Arguedas y también al heterodoxo antropólogo estadounidense —recientemente fallecido— John Murra.

Gracias a ellos empecé a explorar el territorio andino antes de aventurarme al interior. Ambos me dieron un excelente consejo: “Jean, en vez de seguir dando vueltas en busca de unos archivos que por el momento se rehúsan a aparecer, vaya más bien al terreno mismo, para que pueda verdaderamente tomarle la temperatura al territorio”. Fue, en efecto, lo que empecé a hacer, en compañía del guía más perspicaz e imprevisible que me pudo tocar: la quechuista Jacqueline Weller. A partir de entonces, ya no pararía de “trepar, subir y bajar” desde la costa hasta la sierra y por la Amazonia (lo que me significó, al mismo tiempo, *pescar* al paso no pocas disenterías y amibas inoportunas, de las que aún conservo secuelas), a veces solo o en compañía de los geógrafos Olivier Dollfus, Claude Colin-Delavaud y Carlos Peñaherrera; de los antropólogos Humberto Rodríguez Pastor y José Portugal; e incluso de algunos historiadores franceses como François Chevalier o Pierre Vilar quienes estaban tan encantados como yo de descubrir el país. Al regresar a Lima, podía verificar la pertinencia de mis observaciones gracias a la agudeza de los análisis y comentarios de uno de los investigadores peruanos más lúcidos en aquella época: el ingeniero y economista Jorge Bravo Bresani.

¿CUÁL ERA EL CAMINO DE MI INVESTIGACIÓN HISTÓRICA?

Respecto a los historiadores y los fondos documentales peruanos, debo confesar que hasta mediados de 1965 seguían rehusándose, incluso algunos de los primeros llegaban a manifestarse relativamente hostiles ante mis cuestionamientos. La agitación agraria por la que atravesaba el país, desde 1956 más o menos, había generado una desconfianza evidente en todo portador de archivos —públicos, notariales o privados—, hacia cualquier investigador (peor aún en mi caso, extranjero, *gringo*, aunque *francés* al mismo tiempo) que intentara poner al descubierto las causas y los orígenes de conflictos que estaban vigentes (a menudo violentos) y cuyas investigaciones podrían cuestionar los argumentos desarrollados por los protagonistas de esos enfrentamientos. A lo anterior habría que agregar el estado lamentable en que se hallaban los fondos documentales.

Los archivos del ministerio de hacienda (es decir, lo que quedaba de ellos después de que los militares involucrados en los golpes de Estado utilizaron legajos y expedientes para alumbrar el fuego de los campamentos), se encontraban arrumbados en algún sótano con poca luz, custodiados por algún empleado convencido de estar allí purgando un castigo por alguna falta incomprensible. Era

también la situación de los archivos departamentales de Cuzco, amontonados en el suelo y sin clasificación, antes de que Magnus Mörner pudiera darles un tratamiento. Fue, por ejemplo, el caso singular de un alto funcionario del ministerio de gobierno, quien pretendió, con marcial aplomo, que su entidad carecía totalmente de archivos. Para acceder al precioso departamento de investigación de la Biblioteca Nacional de Lima, dirigido por Graciela Sánchez Cerro, tenía que sortearse primero un charco de líquidos diversos procedentes de los baños atorados del primer piso. Una imagen con la que probablemente había soñado su fundador, don Ricardo Palma.

En tal situación, Pablo Macera, uno de los pocos historiadores de su generación que siguió siendo creativo en sus proyectos de investigación, después de la muerte de Raúl Porras Barrenechea, logró desconcertarme cuando me explicó que:

Tomando en cuenta el estado de abandono de nuestros fondos documentales, a los cuales los dirigentes políticos de este país no parecen dar la mínima importancia, el único género de historia que se puede practicar no puede ser el de una historia temática, basada en una documentación serial —puesto que las series son inexistentes— sino el de una historia puntual, basada en hallazgos documentales afortunados, con unos archivos que hoy en día son lo que son.

Debo confesar que su aserto me dejó pasmado. Sin embargo, el mismo Macera, gracias a sus trabajos acerca de las *temporalidades* de los jesuitas (cuyas haciendas fueron confiscadas después de 1767) o de los contratos de trabajo al final del periodo colonial, ha tenido la oportunidad de demostrar que su diagnóstico, formulado a mediados de la década de 1960, era sólo parcialmente fundado.

Por fin, después meses de tanteo y de búsqueda infructuosa, en ausencia de catastro para el periodo estudiado, la suerte pareció sonreírme gracias al hallazgo de tres tipos fundamentales de fuentes: por un lado, el Registro de la propiedad inmueble y el de las sociedades comerciales (creados en 1888, pero con información que se remonta, a veces, hasta el periodo colonial) y, por otro, el conjunto de legajos de lo que hasta el gobierno del general Velasco Alvarado se denominaba Ministerio del trabajo y de asuntos indígenas. Esos legajos estaban acumulados a partir de 1924, momento en que, por primera vez desde la Independencia, las comunidades indígenas fueron reconocidas e investidas de personalidad jurídica constitucional y, como tales, registradas en el archivo de la nación.

Con esto, disponía de un mínimo de fondos documentales, insuficiente y con numerosos vacíos, con los cuales podía darle una primera estructura empírica a mis interrogantes, comenzar a cubrir el esqueleto de la investigación. A condición de completarla con otras fuentes las cuales, a pesar de su naturaleza dispareja, pudieran esclarecer la investigación. Podría apoyarme en las fuentes orales, mediante entrevistas a los protagonistas comprometidos en los conflictos agrarios recientes o anteriores (autoridades comunales indígenas, sindicalistas clandestinos u oficiales, policías y guardias rurales, curas de parroquias rurales, sucesores de los doctrineros, etcétera). También era posible utilizar los acervos de las cofradías religiosas depositados en el Archivo Arzobispal de Lima; acceder, o al menos intentarlo, con dificultades inimaginables, a los archivos privados familiares, abiertos durante un instante para ser consultados gracias a la apertura de espíritu de algunas familias latifundistas: Pinillos, Moreyra y Paz Soldán, De Barry, o las que poseían la antigua Sociedad Ganadera del Centro. Para completar el trasfondo político y jurídico de mi proyecto, disponía de los diarios de debates parlamentarios, para las épocas en que no habían recesado el congreso, aun cuando las colecciones no estaban completas ni eran accesibles al público en general, tal como ocurría con las colecciones de informes y memorias anuales de los ministros, prefectos y subprefectos regionales.

Esta retrospectiva estaría incompleta si no mencionara lo agradecido que me siento por los intercambios intelectuales regulares —a lo largo de mi estadía entre 1965 y 1968—, con dos peruanos (¿mentores? ¿referentes? amigos, en todo caso). Me refiero, en primer lugar, a Don Félix Denegri Luna, cuya gran biblioteca y la conversación culta siempre estuvieron disponibles y fueron muy valiosas. En segundo lugar, y para todo lo relacionado con el análisis político de la situación, entre 1965 y 1974, quiero mencionar a Ricardo Napurí; tal vez sea anecdótico, pero vale la pena recordar que la primera vez que lo vi se presentó ante mí como un antiguo coronel de la aviación que después, por razones de la causa, había pasado a la clandestinidad en el seno del grupo izquierdista Vanguardia Revolucionaria.

¿CUÁL ES EL BALANCE QUE OBTENGO EN LA ACTUALIDAD DE UNA INVESTIGACIÓN QUE TERMINÉ EN 1973?

En 1973, el libro que acababa de concluir, tratando de respetar las normas académicas vigentes, me había dejado insatisfecho. Me pareció oportuno anotarlo en la introducción, lo que según parece no se estilaba, ya que era mejor, al pie del retrato de Richelieu en la Sorbona, repetir el ejercicio que consistía en presentar los

resultados satisfecho por haber terminado la obra. La fórmula que me permití entonces —“hay que saber terminar una tesis”— no fue del agrado de ciertos miembros del tribunal.

Obviamente, mi trabajo dejaba más interrogantes de las que resolvía, e incluso éstas no tenían respuestas definitivas ni perentorias. ¿Hubiese sido posible esperar otra cosa en las condiciones en que se desarrolló mi investigación? Los temas examinados, según me dijeron algunos, eran demasiado extensos; hubiera sido mejor, decían, que me concentrara y me restringiera a un estudio de caso o a un tema más delimitado, que hubiera padecido las mismas dificultades documentales (con imposibilidad de verificación, al no existir fuentes idóneas, o por otras razones) y que hubiera terminado en un clásico *case study* a la manera anglosajona.

Desde mi punto de vista, dicho trabajo, a pesar de todos sus defectos, sigue conservando el mérito (grande, en estos tiempos de posmodernismo y desgajamiento de problemáticas y objetos de investigación) de proponer una visión sintética, quién sabe si la única existente en estos momentos, del conjunto del proceso latifundista peruano y de la importancia del problema agrario en la historia socioeconómica y política peruana —a la espera, desde luego, de nuevas contribuciones que modificarán, corregirán o confirmarán los resultados—. Cada quien tiene el derecho de defender su propia historia *política*, nueva o no, de manera exclusiva la de las elites, con el pretexto de que son las únicas capaces —conservadoras, innovadoras o revolucionarias— de desempeñar un papel dirigente. Pero en tal caso, que se me permita preguntar: ¿cuál es la fascinación extraordinaria que empuja a determinados historiadores, por la vía heurística, a desear la comprensión cabal de lo que se denomina las reglas de juego? ¿se trata de un deseo de comprender o —siendo elite en el interior de la elite— de su propia reivindicación al participar de las prebendas que otorga el poder (el vigente, el real)? De la segunda no quiero ocuparme, por discreción. En cambio, si se trata de la primera, es decir, del deseo de comprender, ¿cómo es posible que tales historiadores no sean capaces de percibir que, para ser dirigentes, dichas elites han entendido que aquellos a los que pretenden dirigir, los de abajo (la *plebe*), desde hace bastante tiempo dejaron de pensar en sí mismos como objetos o *agentes* y osan pensar en ellos como *actores* (en el vocabulario que les es más familiar)? Rebeliones y reivindicaciones indígenas o campesinas, movimientos obreros o de asalariados del sector terciario, comités locales o informales *clientelizados* e incluso delincuentes y criminales (los *bandidos* y *rebeldes primitivos* de Antiguo Régimen), todo esto es parte de la misma problemática y de las consecuencias del

latifundismo peruano. Esto es lo que quise señalar en mi trabajo de 1973. Treinta y cinco años después, no pienso que me haya equivocado.

Las insuficiencias señaladas no fueron las únicas. Mi tesis quería ser global y lo fue, aunque no completamente debido a las razones mencionadas. Habrían sido necesarios más estudios, míos o de otros colegas, para confirmar o negar sus hipótesis y conclusiones, avanzando mediante la multiplicación de estudios de caso y, junto con la recopilación y la comparación, lograr una síntesis superior a la mía, más documentada y científica. Por razones ajenas a mi voluntad esto no fue posible, pero tampoco lo fue para otros después de 1982.

En todo caso, parece necesario constatar que para las elites peruanas, nuevas o antiguas, en la actualidad todo da la impresión de retomar el curso *normal* de la historia peruana: desembarazarse de la *molesta* cuestión agraria y campesina (e incluso *india*), por la acción de militares reformistas y brutalmente represores, al volver a los cuarteles con regímenes civiles, y después, gracias a la acción de las medidas neoliberales del Banco Mundial y de otros organismos financieros internacionales. Llama poderosamente la atención el hecho de que, en el 2007, no se cuente aún con un verdadero balance de la estructura agraria peruana después de 30 años de experimentos: primero, la Reforma Agraria del general Velasco Alvarado y, después, las diversas contrarreformas agrarias, de inspiración neoliberal. Algunos dirán que la realización de ese balance era tarea de los economistas y sociólogos, pero ¿cuál era el obstáculo que impedía a los historiadores, en particular los nuevos especialistas del *tiempo presente*, intervenir en la problemática, para darle mayor inteligencia y comprensión al surgimiento en los departamentos andinos de un fenómeno tan terrible y complejo como *Sendero Luminoso*? Puesto que éste no ha sido solamente un hecho político y/o militar.

¿HACIA UNA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA AGRARIA EN PERÚ?

Entre 1974 y 1982, las perspectivas de desarrollo para una historia agraria en Perú no eran tan malas, comenzando con los fondos documentales. Debe recordarse que, durante este periodo, fuentes nuevas fueron accesibles al público investigador.

En 1974, la apertura del Archivo del Fuero Agrario, que se constituyó principalmente por los archivos que el proceso de Reforma Agraria —iniciado por el gobierno velasquista— iba progresivamente confiscando y acumulando, al mismo tiempo que se confiscaban también las tierras de las grandes haciendas. En 1971, se publicaron los primeros tomos (de un total de 27) de la *Comisión Docu-*

mental de la Independencia del Perú, editados por la Comisión del Sesquicentenario, y en particular aquellos volúmenes acerca de la legislación agraria inspirada por los Libertadores (tomos XIII, XIV y XV) en torno a la rebelión de Túpac Amaru (tomo II), o bien acerca de los movimientos campesinos y regionales durante las guerras de independencia y en el siglo XIX (tomos III y V).

En 1980, se contaba con una mejor clasificación de los fondos disponibles en el Archivo Departamental de Cuzco y con un mejor acceso para el investigador; esto también es válido para la documentación del arzobispado cuzqueño. Entre 1980 y 1981 se publicaron los cuatro tomos de la *Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Túpac Amaru*. Sus páginas arrojan importantes datos acerca de la dimensión agraria y campesina de esa importante sublevación del siglo XVIII latinoamericano.

Por otro lado, desde el punto de vista de la producción histórica, peruana y extranjera, se publicaron varias obras importantes, de las cuales no pretendo hacer una lista exhaustiva, sólo señalar aquellas a las que he podido tener acceso directamente (véase anexo).

Desafortunadamente, ese auge de historia problematizadora y global, que buscaba comprender con lucidez a partir de los campos y la ruralidad peruanos, parece detenerse, casi en seco, después de 1982; es decir, desde el momento en que Perú descendió al infierno con las estrategias nihilistas de *Sendero Luminoso* y de la contra-insurrección llevada a cabo por el ejército peruano y sus auxiliares incontrolables.

Al ser amenazada (salvo honrosas excepciones), la intelectualidad criolla se calló, en el mejor de los casos, o se adaptó, mimetizó —y colaboró— con poderes corruptos, alejados de toda referencia al estado de derecho o a algo parecido; lo hizo con un sentido del oportunismo poco glorioso, aunque sin carecer de antecedentes en la historia peruana, lo cual no lo convierte en algo más aceptable.

No obstante, ¡cuánto hay por hacer en materia de investigación en torno a la historia agraria peruana! No sólo, acerca de lo ocurrido en los últimos 30 años (que seguramente ha trastocado de modo sensible la ruralidad peruana), sino también de los antecedentes históricos más lejanos, acerca de los que mi tesis no ha podido decir todo lo que habría que saber.

Algunos cínicos o tecnócratas, de pensar fácil y de corta perspectiva, podrían objetar que en un país casi urbanizado (o mejor dicho, suburbanizado), tales investigaciones no pueden ser sino ejercicios artísticos, el arte por el arte, más que una necesidad para Perú en el siglo XXI. Quienes proponen esto se equivocan

lamentablemente (una vez más). En cifras absolutas, se puede afirmar que no hubo nunca en Perú tanta población rural como la que vive hoy día en los Andes y sus confines. Sería muy ingenuo pensar que la *pacificación* relativa —y quién sabe si sólo temporal—, luego de los duros golpes asestados a los grupos guerrilleros en la década de 1990, sea sinónimo de solución satisfactoria y definitiva a los graves problemas agrarios y rurales de ese país, vigentes y visibles para quien quiera verlos.

En pro del interés nacional peruano, sería indispensable que la historia agraria en ese país volviera por sus fueros —como ocurre en México y otros países latinoamericanos— y asumiera por completo los desafíos que se le plantean. Ello permitiría, además, que los historiadores peruanos pudieran salir definitivamente de la pesadilla de los años de plomo (1980-1990) y regresaran a los debates historiográficos internacionales, en donde su presencia sería saludable, en particular para diagnosticar el estado de las sociedades rurales que el siglo XXI recibe en herencia, para las cuales el caso peruano quizá sea emblemático. Por otra parte, esto no dejaría de tener consecuencias para el futuro del país y del pueblo peruano. A cada quien su propia *política*.

D.R. © Jean Piel, México, D.F., enero-junio, 2007.

ANEXO 1

- Burga, Manuel, *De la encomienda a la hacienda capitalista*, Lima, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1976.
- Burga, Manuel, “La hacienda en el Perú (1850-1930): evidencias y métodos”, en *Tierra y Sociedad*, año 1, núm. 1, 1978.
- Brisseau Loayza, Jeanine, *Le Cuzco dans sa région: étude de l'aire d'influence d'une ville andine*, Lima, Perú, Institut Français d'Études Andines, 1981.
- Choque Canqui, Roberto, “Las haciendas de los caciques ‘Guarachi’ en el Alto Perú”, en *América Indígena*, vol. xxxix, núm. 4, 1979, pp. 733-748.
- Glave, Luis Miguel y María Isabel Remy, “Origen de los latifundios en Ollantaytambo. Algunas evidencias de los siglos xvi y xvii”, en *Análisis, Cuadernos de Investigación*, núms. 8-9, 1979, pp. 3-35.
- González, Michael, “Capitalist agriculture and labor contracting in northern Peru (1880-1905)”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. xii, núm. 2, noviembre, 1980, pp. 291-315.
- Kay, Cristobal, “The development of the Chilean hacienda system (1856-1973)”, en Kenneth Duncan *et al.*, *Land and Labor in Latin America: Essays on the Development of Agrarian Capitalism in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Nueva York, Estados Unidos, Cambridge University Press, 1977, pp. 57-77.
- Klaren, Peter, *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, Lima, Perú, Moncloa/Campodónico, 1970.
- Klein, Herbert, “Hacienda and free community in eighteenth-century Alto Peru: a demographic study of the aymara population of the districts of Chulumani and Pacajes in 1786”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. vii, núm. 2, noviembre, 1975, pp. 193-220.
- Manrique, Nelson, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Perú, Ital-Perú, 1981.
- Mörner, Magnus, *Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la Colonia*, Lima, Perú, Universidad del Pacífico, 1978.
- Murra, John, *La organización económica del Estado Inca*, México, México, Siglo XXI Editores, 1983.

- Ramírez Horton, Susan, *The Sugar Estates of the Lambayeque Valley (1670-1800). A Contribution to the Agrarian History of Peru*, Madison, Estados Unidos, Wisconsin University Press, 1974.
- Spalding, Karen, *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.
- Van Den Berghe, Pierre y George Primov, *Inequality in the Peruvian Andes; Class and Ethnicity in Cuzco*, Columbia, Estados Unidos, University of Missouri Press, 1977.
- Thorp, Rose Mary y Geoffrey Bertram, *Peru 1890–1977: Growth and Policy in an Open Economy*, Londres, Inglaterra, MacMillan, 1978.
- Yepes del Castillo, Ernesto, “Burguesía y gamonalismo en el Perú”, en *Análisis, Cuadernos de Investigación*, núm. 7, 1979, pp. 31-66.
- Zavala, Silvio, *El servicio personal de los indios del Perú*, 3 vols., México, México, El Colegio de México, 1978-1980.